

Constitución que don Alfonso consumara en los albores de la dictadura. Miguel Martorell se fija en el desaire que eso supuso a las Cámaras democráticas, representadas entonces por Melquiades Álvarez y Romanones, y en la subsiguiente dilación para convocar nuevas Cortes. Analiza además Martorell Linares el «desconcierto» en que don Alfonso mueve sus fichas políticas mientras Primo de Rivera se mantiene en el poder, y cómo la irrupción republicana de abril de 1931 hace saltar en pedazos el exceso de confianza de los hombres del régimen, cuya fe monárquica se había ido minando a base de contemplar a un rey que se había permitido prescindir de sus Cortes ante la iniciativa golpista de un militar autoritario. Fue el principio del fin. En el último capítulo, Eduardo González Calleja recrea la semblanza algo patética de un monarca sin reino, exiliado, en tortuosos trámites de separación matrimonial, sin peso

político alguno, desposeído de sus dignidades y patrimonio y obcecado en no abdicar. Tan sólo dio ese paso en vísperas de su muerte, hastiado ante sus nulas posibilidades de reinar en la nueva dictadura de Franco, cuya sublevación y posterior victoria había saludado el ex rey con entusiasmo militante.

De principio a fin, los trece capítulos de *Alfonso XIII. Un político en el trono* son trece grandes razones para revisar la figura de un rey singular y decisivo en la suerte política que corrió España en el primer tercio del siglo xx. La talla de los autores y la liviandad y rigor de sus respectivas plumas, sumadas a la reproducción de fotografías inéditas, hacen del libro una crónica muy recomendable —tal vez definitiva, asegura Juan Pablo Fusi— de más de tres décadas de historia política española.

ENRIQUE FAES DÍAZ

Carlos Gil Andrés,
La República en la plaza. Los sucesos de Arnedo de 1932,
Arnedo, Ediciones Instituto de Estudios Riojanos, 2002, 329 págs.

Doctor en Historia por la Universidad de Zaragoza, investigador agregado del Instituto de Estudios Riojanos y profesor de enseñanza secundaria, de Carlos Gil Andrés ya conocíamos dos obras anteriores centradas en el estudio de la conflictividad social en el período que discurre entre finales del siglo xix y la Gue-

rra Civil de 1936: *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905* (1995) y *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)* (2000). Como experto en el análisis político y cultural de los movimientos sociales y buen conocedor de la sociología histórica, Carlos Gil

nos presenta ahora su tercer libro, una magnífica investigación —sorprendentemente dejada pasar por las editoriales comerciales— sobre la dramática matanza provocada por la Guardia Civil el 5 de enero de 1932 en el pueblo riojano de Arnedo. Una matanza que se llevó por delante a 11 personas y dejó un saldo de una treintena de heridos, conmoviendo hasta los tuétanos a aquella II República que con vocación democratizadora apenas había echado a andar unos meses antes.

Contra lo que pudiera parecer en una primera impresión, el libro no se vertebraba exclusivamente sobre el acontecimiento en sí o sobre sus protagonistas, sino que va mucho más allá tomando como punto de referencia un escenario privilegiado: la plaza del pueblo, erigida aquí en mirador excepcional para contemplar desde abajo la historia de la República, desde el plano local (que no localista) y desde ese mundo rural que, con sus problemas y pleitos colectivos, tanto condicionó la vida política del nuevo régimen. La perspectiva que el autor hace suya explícitamente es clara: la de las víctimas que sufrieron las consecuencias del terrible suceso y pronto fueron olvidadas, a las que devuelve la voz pero sin caer en las visiones plañideras ni en la historia de combate. Porque, además de hallarse excelentemente documentado con todo tipo de fuentes convencionales —prensa, papeles de archivo, incluidos los muy atracti-

vos archivos militares—, Carlos Gil enriquece su relato con un buen puñado de testimonios orales, jugosos y bien seleccionados, que sumergen al lector en una atmósfera que por otras vías sería casi imposible atisbar. Lo hace además con un envidiable pulso literario, pues el autor escribe francamente bien, algo no muy común entre los historiadores, a veces más preocupados por encontrar nuevas fuentes o por engordar compulsivamente su currículo que por la excelencia final —formal y teórica— del producto. Con la virtud añadida, en el caso de Carlos Gil, de que soslaya con elegancia el insufrible metalenguaje en el que suelen quedar sepultados a menudo aquellos analistas del pasado que como él emprenden el obligado y necesario viaje de aproximación a las ciencias sociales. Nuestro autor demuestra que se puede tener una sólida formación conceptual sin por ello dejar de cultivar las posibilidades de la narrativa conforme a la tradición de la mejor lengua castellana.

Una narración, al modo de una película de esas que te impiden levantarte del asiento hasta el *The End* del cierre, es lo que nos encontramos en *La República en la plaza*, si bien no como una mera descripción lineal. Se nos narra el acontecimiento de la historia riojana que mayor repercusión tuvo en la vida nacional durante el último siglo, pero al mismo tiempo se indaga en sus causas, en el perfil sociológico de sus protago-

nistas, en sus discursos cruzados, y en las consecuencias a corto, medio y largo —muy largo— plazo de la acción que se rastrea. Ocho son los capítulos sobre los que, combinándose diferente tiempos, está construido el libro. La primera escena la compone el entierro de las víctimas del suceso, recreación de una impresionante manifestación de duelo que contó con la presencia de personalidades de la política nacional tan importantes como Manuel Cordero y Margarita Nelken. A continuación, la cámara de Carlos Gil mira hacia atrás para indagar, primero, sobre los precedentes próximos que aportan pistas sobre las tensiones que condujeron al drama. Tales pistas nos llevan a una huelga declarada contra el industrial zapatero Faustino Muro, en respuesta al despido por motivos políticos de uno de sus ciento setenta trabajadores en la primavera de 1931, coincidiendo con el bullicio festivo que acompañó a la proclamación de la República. La huelga todavía coleaba irresuelta a finales de aquel año.

Pero los enfrentamientos con el empresario en cuestión, al parecer tan decisivo en el desarrollo de la trama y encarnación arquetípica de la España caciquil, venían de mucho antes. Porque las raíces del conflicto se remontan en el tiempo, de modo que hay que mirar hacia principios de siglo, a una historia larga y compleja en la que sobresalen las reiteradas ocasiones en que el infausto personaje dinamitó

los impulsos organizativos de sus asalariados. Fue, por tanto, como si, tras el paréntesis de la dictadura de Primo de Rivera, los fantasmas del pasado salieran a la superficie de golpe, aprovechando el fragor igualitario inaugurado el 14 de abril, pero alimentados también por el empecinamiento de un patrono no dispuesto a ceder un ápice ante las reclamaciones de sus trabajadores y por la propia coyuntura política que atravesaba el país. En este último sentido, en el libro se reafirma la tesis, antigua, de que lo de Arnedo tuvo mucho que ver también con los sucesos del pueblo extremeño de Castilblanco, sustanciados en el asesinato y horripilante mutilación de cuatro guardias civiles a manos de una muchedumbre jornalera encolerizada, justo cinco días antes de que aconteciera la tragedia en la villa riojana. Ese contexto ayuda a entender lo que sucedió después, tras la declaración por los socialistas de una huelga general en el pueblo el 24 de diciembre: la concentración y aumento de guardias civiles en sus calles; el caldeamiento del ambiente por los líderes ugetistas venidos de fuera (que no dudaron en emplear una retórica estridente y preñada de amenazas con sus apelaciones a «ir a la revolución sangrienta», declarar la «guerra a los patronos» y entrar en acción con «la hoz y la cuerda»); el comienzo de la huelga general a las 12 de la noche del día 4 de enero; las coacciones consiguientes de los piquetes; la imagen del pue-

blo a oscuras como consecuencia del corte de luz producido por los huelguistas; la inoperancia de las autoridades locales y provinciales para arbitrar una solución negociada del conflicto; el mitin a las 14 horas del mediodía del día 5; el inicio de una manifestación a las 16,30... y, por último, la masacre acarreada por los disparos indiscriminados de la Guardia Civil sobre los manifestantes, muchos de ellos mujeres y niños, a dos pasos del edificio del Ayuntamiento donde, por fin, el gobernador civil se hallaba a punto de poner de acuerdo a los dirigentes de la huelga con una representación patronal.

El autor confiesa sentirse incapaz de determinar el motivo exacto por el que comenzaron los disparos (quizás una provocación de una mano anónima, quizás el malentendido producido al resbalar y caer al suelo uno de los guardias...), dado el mar de versiones contradictorias que ofrecieron los testigos. Pero, a la postre, esto no fue en el fondo lo más relevante, con ser importante el detalle. Ni siquiera la justicia republicana — tal vez porque fue un juicio sujeto a la jurisdicción militar— fue capaz de esclarecer satisfactoriamente los hechos, tras un enrevesado camino que se saldó en enero de 1934 con la absolución del único acusado, el teniente que dirigía la tropa causante de las muertes y heridas a tantos paisanos. Lo más interesante es la constatación de que la historia no concluyó aquí. En

principio, Arnedo dejó paulatinamente de ser noticia desde una óptica nacional, pero los protagonistas de los sucesos no se libraron por eso de continuar siendo partícipes —y no pocos de ellos víctimas— de la historia republicana. Faustino Muro se fue del pueblo; como en toda La Rioja, la derecha ganó allí las elecciones en noviembre de 1933; al poco estalló una insurrección anarquista que también pasó como un pequeño vendaval por nuestro escenario; luego vino la desmovilización obrera y jornalera... hasta febrero de 1936, cuando la izquierda se hizo con el poder en el pueblo, esta vez en contraste con la provincia, donde volvió a barrer la derecha. Llegados a este punto es cuando Carlos Gil abre un paréntesis para indagar en las biografías de los guardias que provocaron la matanza de 1932, con el escalofriante resultado de un cuadro que revela su perfil de hombres duros, su brutalidad e impopularidad previa allí por donde pasaron, y el escoramiento de casi todos ellos a favor de la insurrección antirrepublicana en el verano de 1936.

A contar los horrores de aquel verano se dedican los últimos planos y escenas del libro. Porque la lejanía del frente no libró a Arnedo de verse ensangrentado. El triunfo de la sublevación facciosa en La Rioja y provincias aledañas se saldó en el pueblo con 57 asesinatos de izquierdistas (unos dos mil en toda la provincia); como era de esperar, se eludió el juicio previo y los ca-

dáveres se abandonaron en las cunetas y barrancos de las cercanías, sin que los familiares, amordazados para los restos, pudieran siquiera recogerlos. Llamativamente, entre esos cuerpos se encontraron varios participantes en los sucesos de cuatro años atrás o familiares próximos a los mismos. Algunos también se habían visto implicados en el movimiento anarquista de 1933. Después vino la dura e interminable posguerra, que prolongó el sufrimiento de los perdedores además de imponerles el silencio como requisito obligado para su supervivencia.

Poco se puede objetar a una trama tan bien elaborada. Si acaso la insatisfacción —que se debe entender más como un elogio que como una crítica— por no recibir más información y porque la película no se prolongue un poco más por otros derrotados. El hecho de dar prioridad a las voces de las víctimas y los derrotados, por loable que sea moralmente o desde un punto de vista metodológico, termina por abrir preguntas que en las páginas del libro no obtienen respuesta. Invirtamos el orden cronológico. ¿Por qué tantas muertes en el verano de 1936 si desde el final del primer bienio parece que apenas hubo conflictos? ¿Qué pasó entre febrero y julio de aquel año, cuando el pueblo se vio dirigido por un consistorio izquierdista y el país por un gobierno de esa misma significación? ¿Cómo vivieron los arnedanos de derechas aquella primavera o, dos años y pico

antes, la insurrección anarquista de finales de 1933? ¿Qué sintieron esos mismos actores ante las coacciones de la huelga general de enero de 1932 y ante el discurso incendiario de sus promotores? Que se planteen estos interrogantes, lejos de oscurecer el balance altamente positivo del libro, no es sino una prueba más del interés y la curiosidad despertados en el lector. Quizás, si Carlos Gil hubiera explorado en los testimonios del mundo antirrepublicano, la polifonía de la película se habría enriquecido aún más, con ser rica y compleja ya de por sí. No en vano, la estructura social de Arnedo mostraba entonces un perfil marcadamente conservador y católico, en virtud del peso importante que allí tenía la mesocracia rural (sólo en el sector primario la relación era, hacia 1931, de 443 labradores por 611 jornaleros) y la inclinación de una parte más que considerable del voto (mayoritaria en abril de 1931 y en noviembre de 1933) hacia las opciones derechistas. Por más que entonces se trazaran paralelismos inevitables en la prensa y desde la opinión pública del momento, evidentemente ni Arnedo era comparable a Castilblanco o Casas Viejas, ni la Rioja, sociológica y políticamente hablando, se podía equiparar a Extremadura o Andalucía, por importantes que fueran los núcleos socialistas o libertarios instalados en las tierras altas del Ebro.